

Salvador Bueno

La crítica finisecular en Cuba



INSTRUMENTO y substancia de cubanía fué la crítica literaria de nuestro siglo XX. Toda la literatura insular de esta época está situada bajo indudable signo de servicio y compromiso, preocupada por los avatares de nuestra sociedad, atenta a los progresos del país y a los avances de nuestras libertades. Ayudaron aquellos escritores —singularmente los críticos como divulgadores de los méritos de nuestros poetas y prosistas— a fortalecer los cimientos nacionales, a forjar, con denuedo y lucidez, conciencia de pueblo libre, orgulloso de sus varones mag-nos y conocedor de sus propios valores. Los grandes críticos, desde Domingo del Monte (1804-53) hasta los que despuntaron a fines del siglo, sintieron estrechamente vinculados sus ejercicios de estimativa literaria con los esfuerzos de su pueblo en consecución de la independencia política.

Para algunos de ellos la crítica fué actividad secundaria y ad-yacente en su producción. Enrique José Varona persiste en nuestro recuerdo por sus dotes de pensador, es el filósofo no el crítico. Manuel Sanguily es el patriota y el orador de garboso estilo. Manuel de la Cruz, colorista narrador de los episodios de la revolución. Por eso, los que hemos escogido como tema del presente trabajo, adicionan a

sus propios méritos como valoradores del hecho literario, el rango esencial de haber sido profesionales de la crítica, dedicados a ella durante toda su vida y, de modo tal, que ésta se destaca en primer lugar entre las diversas facetas de su actividad intelectual.

Otro rasgo común hemos de sumar a su profesionalidad. Nos referimos a su actitud resueltamente patriótica, defensores de los ideales de la revolución, propagandistas acérrimos de nuestra independencia. Para Enrique Piñeyro, Rafael María Merchán y "Justo de Lara", su quehacer crítico estaba destinado a la difusión de los valores criollos, a exponer ante el mundo civilizado que la colonia que España mantenía en las Antillas era merecedora de la libertad por la talla extraordinaria de sus escritores, de sus maestros y de sus artistas.

Ejemplo cabal de lo que dejamos apuntado es la vida y la obra de Enrique Piñeyro. Había nacido en La Habana, el 19 de diciembre de 1839, hijo de un notable latinista, Narciso Piñeyro. Estudió en el colegio "El Salvador" y el maestrazgo ético de José de la Luz quedó como señal perenne en su espíritu. Llegó a profesor de historia y literatura en el colegio amado, pero pronto sus apuntes críticos le dieron nombradía y posición de joven maestro de las letras. Su dilatada existencia puede encerrarse en tres períodos que examinaremos muy sucintamente.

La primera etapa comprende hasta 1869, en que partió hacia los Estados Unidos debido a sus actividades separatistas. Durante estos años examina críticamente en sus artículos la producción literaria cubana, labora junto a los escritores que forman la segunda promoción romántica entre nosotros, colabora con el poeta Juan Clemente Zenea en la "Revista Habanera" y dirige la "Revista del Pueblo", que había sido fundada por Ramón Zambrana. Está muy interesado por estos años en cuestiones estéticas y cultiva la crítica teatral con sagaces comentarios. Ha leído a Hegel y a Taine y sus trabajos traen aires de renovación, métodos nuevos.

Cuando emigra en 1869 su pluma se pondrá al servicio de la

causa redentora. Es la segunda etapa de su vida. En Nueva York será secretario de Morales Lemus, delegado de la revolución; dirigirá el órgano periodístico de la Junta Cubana, tendrá que sortear las intrigas entre "aldamistas" y "quesadistas" en aquellos años terribles. No olvida su labor literaria, siempre subordinada a sus propósitos patrióticos. El gobierno español lo juzga en rebeldía, lo condena a muerte y confisca todos sus bienes. Fundó la revista "El Mundo Nuevo" y en 1874 realizó la primera edición de las poesías de Zenea. Fué en estos años la voz de Cuba en el exilio, alcanzando fama como orador siempre elegante y comedido. Designado agente diplomático, visitó a Chile y a Perú, y por allá agrupó voluntades y conquistó admiradores por su fácil verbo y su estilo discreto y suave.

Cuando sobreviene la "tregua del Zanjón", Piñeyro vuelve a Cuba. No puede, sin embargo, soportar los gestos bravucones de los guerrilleros, y parte de nuevo al exilio, esta vez a Europa, donde se instalará en París. Comienza el último período de su existencia. Allí vivirá desde 1882 hasta su muerte en 1911. Ahora dedicará mayor atención a sus estudios literarios y publicará periódicamente monografías y libros. Desde allí envía una correspondencia numerosa a la "Hojas Literarias", de Sanguily y a la "Revista Cubana", de Varona. Ocupado en estudiar las literaturas europeas no olvida la gesta de su pueblo: en todos sus libros siempre germina su amor patrio en una alusión, una referencia, una dedicatoria nostálgica.

Piñeyro ayudó a la revolución cubana de diversas maneras. La excelente acogida que tuvieron sus libros llevaron el nombre de Cuba a los círculos intelectuales más escogidos. Hasta Marcelino Menéndez y Pelayo, que sentía hervir su sangre española cuando leía los libros históricos de Piñeyro, elogiaba la agudeza de sus juicios y la ponderación de su crítica. Sus "Estudios y conferencias de historia y literatura", su exégesis de los "Poetas famosos del siglo XIX", su examen de las obras de Manuel José Quintana y la biografía apasionante de Zenea señalan los rumbos de su produc-

ción. Escribió libros fundamentales sobre nuestra historia, como aquel donde reseña el final de la dominación española. Publicó excelentes monografías sobre escritores españoles y americanos y su estudio sobre el romanticismo español es el primer intento para captar este caudaloso movimiento literario.

Piñeyro realiza una crítica de carácter sintético, no analítico, crítica esencialmente creadora. Aunque romántico, alcanza serenidad y objetividad al examinar obras y autores, con un estilo claro y transparente, despojado de todo perifollo oratorio. Su sólida cultura literaria y su innato buen gusto le permiten discernir los pasajes más bellos de las obras que comenta. Sus objetivos no eran la investigación ni la erudición, sino la glosa de algunos puntos esenciales de las obras literarias. La obra crítica de Piñeyro resultó portavoz de nuestros ideales al mostrar al mundo los méritos de poetas como Heredia, Plácido y Zenea. De ese modo contribuyó a la forjación de la conciencia nacional.

Existencia muy similar a la de Piñeyro, la de Rafael María Merchán, nacido en Manzanillo (Cuba), el 2 de noviembre de 1844. Fué profesor y periodista hasta que la situación política le obliga a salir del país. Un artículo suyo, "Laboremus", le había dado notoriedad y el vocablo "laborantes" sirvió para designar a los patriotas cubanos. Coincidió con Piñeyro en Nueva York y dirigió también "La Revolución". No podemos reseñar su actuación durante estos años. Sólo diremos que en 1874 se instala en Colombia, allí llega a ser secretario particular de tres presidentes de la República, miembro honorario de la Academia de la Lengua de Colombia, secretario del Ateneo de Bogotá y director de los periódicos "La Luz" y "La Nación". Al cabo de pocos años, Merchán era una de las figuras sobresalientes de la cultura colombiana.

Sin embargo, su colaboración con la "causa" no se había roto. Fué designado Delegado de la Junta Revolucionaria de Nueva York y la sociedad colombiana vió con simpatías sus esfuerzos a favor de la lejana insurrección. Dos de sus obras ejemplifican esta

laboriosidad: la titulada *Colombia y Cuba, y Cuba: justificación de su guerra de independencia*, esta última uno de los documentos esenciales para conocer el ideario político de esta época pugnaz. Cuando concluyó la guerra, Merchán fué elegido Representante por Oriente a la asamblea del Ejército Libertador, regresó poco después a Cuba y se le concedió el cargo de Ministro de Cuba en España. Pocos años más tarde, con la razón extraviada, moría en Colombia, el 19 de marzo de 1905.

La abundante producción literaria de Rafael María Merchán pone de relieve la multiplicidad de sus intereses intelectuales, pero también el rango superior que adquieren sus aportes críticos. En dos libros, *Estudios críticos* (1886) y *Variedades*, están agrupados estos trabajos aunque otros muchos andan dispersos en distintas publicaciones. Allí aparecen temas gramaticales, filológicos y lingüísticos, análisis de la obra de Zenea, de Miguel Antonio Caro, de Montalvo, un paralelo esclarecedor entre Heine y Bécquer, y un ensayo de divulgación "La Habana intelectual vista desde los Andes". No creemos cita más oportuna que las palabras del escritor colombiano Antonio Gómez Restrepo comparando la crítica de Piñeyro con la de Merchán: "Piñeyro —dice— es más artista, describe a grandes rasgos, rara vez se detiene a analizar pormenores más de una vez se eleva a una elocuencia cálida, pero nunca retórica. Merchán tiene un temperamento analítico, se complace en observar menudamente las obras que analiza, sin dejar de apreciarlas en conjunto; somete a su análisis la composición literaria, no excluye la crítica retórica y gramatical, y este arte minucioso, lo realiza con gran penetración y erudición sólida y variada".

Si hemos de encomiar la faena crítica de Merchán no podemos olvidar su contribución a nuestra independencia. Supo en su momento responder a Juan Valera e incitarlo a estudiar el movimiento cultural de nuestro país. Cuando se suscita el problema de la Enmienda Platt, que se colocó como apéndice al texto constitucional cubano, Merchán, todavía en Colombia, sopesa esta ley con

gran objetividad y trata de escudriñar los propósitos del gobierno norteamericano. Sus trabajos literarios responden al deseo de examinar las nacientes literaturas americanas y sus escritores más destacados, mas como balance de toda su obra queda el ejemplo de su honrada actitud de vigilancia y combate que participa en la heroica y férrea empresa de fraguar una nueva nación en nuestro hemisferio.

José de Armas y Céspedes, que adoptó el seudónimo "Justo de Lara" tomado del drama de Jovellanos, *El delincuente honrado*, es el tercero de estos profesionales de la crítica cubana. Nació en Guanabacoa, el 26 de marzo de 1866, de una familia de escritores y periodistas. Asombra la precocidad que atestiguan sus primeros trabajos eruditos: *La locura de Sancho* y el análisis de *La Dorotea de Lope de Vega*. Estudió para abogado en nuestra Universidad, pero no ejerció dicha profesión, sino que dedicó toda su laboriosidad a menesteres críticos y periodísticos, en los cuales adquirió pronto renombre.

La cultura literaria de "Justo de Lara" era enorme, principalmente en literatura española e inglesa. Fué el conocedor más profundo de las letras inglesas que existió en cualquier país de habla española. Sus ensayos en torno a Marlowe y otros precursores y contemporáneos de Shakespeare, sobre Pepys, Sterne, Poe y Whitman demuestran su conocimiento de estos temas, tan poco atendidos por críticos hispánicos en aquella época. José de Armas fué cervantista de mucha capacidad y penetración. Los diversos trabajos que publicó sobre el autor del *Quijote* revelan la vastedad de su saber acerca de todas las cuestiones suscitadas por el celeberrimo escritor. Léase su *Cervantes y el Quijote*: allí se advertirán los sagaces comentarios, las noticias inusitadas, el amplio bagaje erudito manejado por Armas para presentar la vida del manco famoso, su libro ejemplar y su época compleja.

Periodista de talla fué "Pepillo" de Armas como le llamaban sus amigos. Desde joven vivió en las redacciones, dirigió periódicos

cos, sirvió como corresponsal a las principales publicaciones norteamericanas. Redactor del "Herald" vino a Cuba en 1898 con el ejército del general Shafter. Antes había entrevistado a Cánovas del Castillo y le exponía al primer ministro español que la única solución para Cuba era la total independencia.

Años más tarde reportaría una insurrección en Haití y mediante sus gestiones numerosos prisioneros salvaron la vida. Durante la primera conflagración mundial envió desde Madrid crónicas interesantísimas sobre el curso de la guerra. El erudito investigador de las letras era periodista muy alerta y ágil, de estilo sobrio y conciso.

Anotemos de inmediato su contribución a nuestras luchas patrias. La insurrección del 68 le llevaría muy niño al extranjero. Pero en 1895, ya en sus artículos de "Las Avispas", periódico fundado por él, había protestado por el nombramiento del capitán general Weyler. El alto lugar que conquistó en la prensa neoyorkina le sirvió para atraer partidarios de nuestra independencia. Pero Armas combatía por la libertad contra todos sus enemigos. Así luchó contra la ingerencia nortea en 1906 en una serie de artículos que publicó más tarde bajo el título "Los dos protectorados", condenando la Enmienda Platt que colocaba a Cuba en la situación de una factoría.

Sus *Ensayos críticos de literatura inglesa y española*, el libro *Historia y Literatura, Estudios y retratos y Cervantes y el Quijote*, revelan el sólido y responsable trabajo estimativo de Armas, su filiación dentro de la escuela histórico-comparativa según las fórmulas seguidas por Menéndez y Pelayo, la profundidad y certeza de sus juicios, siempre apoyados en exactos datos eruditos. Ejemplo de fino casticismo es su estilo sobrio y escueto, moderado y preciso, ajustado armónicamente a su quehacer interpretativo. Cuando murió en La Habana, el 19 de diciembre de 1919, Cuba perdía posiblemente el crítico de mayor alcance y de visión más amplia de toda su historia literaria.

Estos tres grandes críticos cubanos del siglo XIX realizan su obra mientras su pueblo combate durante treinta años por conquistar la independencia. Buena parte de su labor tuvo que efectuarse en el exilio inquieto y desasosegado. Pero quizás la lejanía permitía ganar una cierta perspectiva para juzgar los propios valores insulares y también, como contrapeso, estar más en comunicación con la cultura universal. Palpitaba en ellos un deseo inmenso de exaltar todo lo cubano, lo que en ciertas ocasiones les llevó a aupar figuras de muy efímero nombre.

Nuestra crítica décimonónica contribuyó, por tanto, en grado sumo al proceso formativo de la nacionalidad. Su estricto quehacer estimativo difundió por todo el mundo culto la existencia de un pueblo pujante donde descollaban poetas, narradores, artistas, oradores, maestros, filósofos. Esta labor de propaganda fué acompañada por su actitud patriótica en servicio de la revolución liberadora cubana. Ellos colaboraron en esta empresa histórica, ocuparon lugares distinguidos en la dirección de aquellas campañas y fueron elaborando en la soledad de sus gabinetes de hombres de letras, donde resonaban las enérgicas palabras de las reuniones políticas, una obra crítica de singulares merecimientos. Por ambas corrientes de su actividad, la literaria y la cívica, merecen el reconocimiento de sus conciudadanos.